

## BIBLIOTECA Y ESCUELA

**Gabriela Mistral**

El pueblo americano que nos hospeda, a poco de nacer, entendió que Biblioteca y Escuela son sinónimos, y además que el cuerpo de la cultura no puede trabajar como un manco, sólo a base de la última. Los Estados Unidos nacieron leyendo, se han acrecentado dentro de esta pasión y siguen perfilándose por medio de ella. Ellos trabajaron sobre el capítulo librero con un criterio de abastecimiento en grande, de inundación de géneros, lo mismo que hacen con su mercado de alimentos.

A mí me apena confesar la norma opuesta con la cual se trabajó en el Sur. Pero estáis allí en trance de decirnos la verdad los unos a los otros, y el tapujo dañaría vuestra faena, aparte de que la autoadulación me pareció siempre una malicia de niños bobos que a nadie engaña.

Digo, pues, que la mayor parte de la América Latina acometió la empresa bibliotecaria dentro de una manera que llamaríamos suntuaria, o aristocrática, o mejor, urbanista. Se buscó servir a las ciudades en cuanto a núcleos vitales del país. El estilo fue ibero, pero también europeo, y señalado por las marcas digitales de todo régimen colonial. Al llegar la era republicana, no se corrigió la fórmula, ensanchando aquel sistema de abrevadero único, como si la sed de leer que ardía en el pueblo emancipado no obligase a surcar el territorio entero de bibliotecas.

Las ciudades pequeñas, y no digamos las aldeas nuestras, o bien poseen bibliotecas paupérrimas o viven rasas de libros, ayunas de esta alegría que es parte del disfrute mismo de vivir; ellas quedaron al margen de la honra de leer, la cual corre pareja con la de ser hombre y no zoología rasa.

Dos excepciones rotundas hay que hacer en este acaparamiento necio: Sarmiento, el quemador de una decena de barbaries, quien se había criado en el hambre del libro fino, cuando llegó a la presidencia de su país había de volar la biblioteca pública hacia los cuatro cantos de la Argentina. Mucho más tarde, el Ministro Vasconcelos, yendo más lejos todavía, y haciendo de cada maestro rural un bibliotecario, injertó la sala de lectura en cada escuela. Él crearía una tradición que México no habría de soltar, sabiendo que este quijotismo librero, esta lectura de la celulosa que habla, debe seguir su marcha en bien de la ciudadanía provincial y aldeana.

## **El Libro Caro**

Sin derecho, sólo por la gracia que se me ha acordado, yo quiero indicar el punto más enfermo que veo actualmente en la vida del libro.

Él ha encarecido sobre todos los meridianos, y con una alza escandalosa que va mucho más lejos que la de los demás “alimentos terrestres”. Los escritores siguen viviendo tan pobres como antes, en tanto que su producto ha triplicado el precio, volviéndose lo que ellos jamás desearon: lujo, materia preciosa, privilegio. Y como el libro nunca fue para el hombre común artículo equiparable a la mesa y el vestuario, en esta carestía desaforada el libro irá retrocediendo, será una “piel de zapa” que encoge sin más causa que la explotación de impresores y especialmente de libreros. Yo no creo que en tal proceso obre un plan maligno, pero pienso que obra un dejar hacer de los dueños naturales del libro que somos los escritores, las escuelas, las bibliotecas y los gobiernos. El daño puede subir y volverse un suicidio de la industria librera y, sobre todo, una sangría lenta de la cultura.

En años de democracia cenital, en los cuales todo se hace bajo esa advocación, precisamente en pleno jubileo del populismo, resulta que lo que decae, escasea o se escurre, como una personalidad eliminada, sea precisamente el libro, nada menos que el libro. El hecho que vemos pertenece a uno de los mayores absurdos de nuestro tiempo, el cual va en un zigzaguo desde la lucidez a la ceguera y desde la sutileza de la concepción a la grosura de las realizaciones.

## **La Calidad de la Lectura Popular**

Cualquier observador que quiera seguir la vida de una sola biblioteca pública sabrá que se lee en algunas de ellas mucho y mediocre; en otras, poco y malo. Cierta deportismo o jugarreta intelectual se está despeñando sobre esta hora, que es conjuntamente de buena voluntad y de atarantamiento, y el demonillo que llamaríamos espíritu de facilidad comodonería desplaza el hábito del lector antiguo y no digamos del lector heroico, para los cuales no fue nunca trivialidad ni bufonada, sino operación seria cumplida sobre materiales que exigían algo o muchísimo.

Estamos viviendo unos auges lamentables de ciertos géneros de novela, por ejemplo: de la policial y de la de seudomisterios, que no son, ¡ay!, las hijas ni aun las entenadas del grande Edgar Poe... Parece que una marejada borrosa se va llevando por delante “la flor del botín” que fue la lectura paladeada; esta ola de envalentonamiento arrasa a los clásicos

universales, a la obra de historia, al libro científico y a los demás géneros que corren bajo el rubro del Libro con mayúsculas. Los engendros recién venidos parecen pertenecer al cuerpo del cinema, y serían, por lo tanto, la invasión de un intruso en morada ajena, que pertenece a otro reino, a otro ejercicio y a otra jerarquía.

Todos sabemos las excusas que se dan por el acrecentamiento de estas especies inferiores, cuya multiplicación se parece al desove de ciertos peces; se habla de pereza mental en los jóvenes, a causa del deportismo y de la fatiga que acarrearán el trabajo y el ajetreo de las urbes. La lectura, gran dama, se nos estaría abajando a recitadora de asesinatos, de "misterios" y de chistes baratos, en un trueque como el de la Dulcinea con la moza olor de ojos...

La estadística, que indica la prosperidad de esta lectura tonta, abisma a los profesores; pero la cifra paralela de la delincuencia infantil, que lleva encima los signos digitales del libro policial, deja despavoridos a los padres. Los libros de la línea indicada lucen en los catálogos el apodo de "Lectura... popular".

Uno de los peores daños que se puedan hacer al pueblo lector tal vez sea el de primarizarlo más aún y enviciarlo en el hábito del esfuerzo mínimo, y hacer que pierda lo poco que había ganado en buen gusto, en eso que llaman "el paladar del alma". El pueblo nunca puede ser promovido a dignidad verdadera al margen de la lectura, y bueno sería que él mismo supiese esto, que lo entendiese.

## **Apostolado del Bibliotecario**

Aquí viene lo del apostolado en el oficio; siempre hay que caer en la palabra bíblica, para muchos antipática, pero que sigue siendo válida en las empresas morales anchas, las cuales piden, como el mar duro, barcos de gran calado. Al hombre de temple apostólico se apela también cuando la marisma invade las granjas limpias. Sólo su alma de alta temperatura puede conducir a la clientela lectora hacia el esfuerzo y hacia la conversión a los maestros universales que en su mayoría escribieron para el pueblo, indicando aquí el vocablo al pueblo no estragado.

Los bibliotecarios con sentido de misión pueden lograr que el lector popular reconozca ciertas verdades verticales. El teatro griego, Shakespeare, el Dante, Cervantes, Rabelais, Dostoiewski, Montaigne. Todas las Escrituras Sagradas, Poe, Melville, y los novelistas grandes de hoy en la América del Sur o en cualquier país liberan del tedio, solazan y atrapan el interés tanto y más que la caterva de autores policiales; los grandes imaginistas que ellos fueron y son, siguen frescos e intactos; no se

han vuelto cocina ni están tomados de herrumbre; se parecen a la brisa marina que no cansa y orea nuestras potencias. El sustento que ellos dieron, puesto al lado de aquellos embelecados, equivale a la tajada del buey homérico junto a la hortaliza tercerona...

Un apostolado del libro popular es cosa que pudiera incitar, pues resulta bastante más intenso y fértil que el oficio pedagógico. Explicar libros convidando a leer me pareció siempre una fiesta, y en mi fue hasta una euforia...

La curiosa clientela diurna o nocturna de las pequeñas bibliotecas es más avisada que la infantil por más vivida, y se vuelve, a poco andar, ambiciosa de logros mayores, ávida, incansable. El niño sólo querría jugar; el cliente adulto es un convencido de la materia, un verdadero amante de la manufactura viviente que mentamos "volumen", un husmeador que corre hacia sus fines, aun cuando empiece esta aventura con el libro primario y confucionista.

Para este apostolado, como para los demás de nuestro tiempo, se necesita técnica, anchura de espíritu, paciencia, pero a la vez fervor y un abstencionismo radical de aquel espíritu de partido de "maña" y de secta que pone a arder toda morada o la envenena de alto a bajo. El bibliotecario propagandista para en una calamidad.

No hay nada más fácil que amontonar libros: eso no cuesta más que enfilear ladrillos, y hay gentes que ordenan sus volúmenes para la eternidad con cierto regusto faraónico de no moverlos nunca... Son algo así como decoradores de muros o compadres de la muerte; realmente matan cada obra cuando la enclavan en sus anaqueles.

Gracias a Dios existen también los bibliotecarios jóvenes, o los viejos sin edad, y éstos manejan el santo depósito lo mismo que si fueran las represas del valle de Tennessee. Saben muy bien que el libro se hizo para circular, ambular, trotar y "perderse ganándose", como quería el maestro Vasconcelos, quien daba por bien aprovechados los libros que no vuelven a las bibliotecas-madres...

Guardianes vivos de muros vivos, estas gentes valen un tesoro: husmean el temperamento tanto como los intereses del cliente tímido y salen al encuentro de ellos; son una especie de orden dominicana de predicadores que viven batiendo la modorra del ambiente provincial y enleudando con levadura verbal al convivio de lectores-audidores. Mal pagados en muchas partes, ellos se sienten confortados por el espíritu mismo de misión, que es una dinamo ardiendo. Estos pobrecillos son quienes deciden de muchas vocaciones y a veces llegan a crear una vida nueva en las ciudades de media muerte.

Me los he visto en muchas partes, y supe que eran, al margen de toda gloria, los autores sigilosos del futuro y que manejaban las esencias de su raza más y mejor que los actores de alto coturno llamados "políticos"...

## Recuerdos de Misioneros

Los nombres de los discóbolos del libro que conozco en la América del Sur se me vienen en raudal, pero sólo puedo citar algunos.

Leopoldo Lugones, poeta mayor y, además, varón sapiente, gobernó por años la Biblioteca de Maestros en Buenos Aires. Al muy letrado se le vio siempre allí sirviendo al entrenado como al simplete, y atizándoles la pasión de conocer que no le anda a la zaga a la del amar, y se halla, por lo tanto, latente en todos. La fertilidad cultural extraordinaria que irradia hoy desde el foco de Buenos Aires le debe, seguramente, más de lo que sabe a este minero del libro que conocía también sus metales y que no recibió la justicia que merecía cualitativa.

Entre los vivos, me cae el primero a mi memoria alguno que, sin ser bibliotecario ni pedagogo, se ha vuelto algo así como el rector de la lectura sudamericana, además algo así como el rector de la lectura sudamericana, además de ser uno de los maestros de la prosa española. Mucho nos beneficiamos de él, y todos hemos recibido trigo de sus manos. Su dar y su prestar son tan anchos como sutiles, porque su arte de divulgación sólo puede compararse con el del ateniense por él mismo divulgado. Se llama Alfonso Reyes este Bienhechor.

Me golpea la memoria un bibliotecario sin cargo ni paga, verdadero proveedor de lectura para su país entero, el uruguayo Vaz Ferreira... Rodó y él dibujaron las entrañas sensibles de su pueblo fino. Con manera ambidextra, enseñando y haciendo leer, regalaban en todos los sitios (aula, casa, salón, plaza, calle), por donde fuesen, bibliografías de ciencias y artes a los investigadores novatos, a los maestros de escuela, a los muchachos, y vivieron siempre el turno honesto de crear lo propio y divulgar lo ajeno.

En Costa Rica vive un curioso hombre partido en tres menesteres: García Monge, el educador sin cátedra, bibliotecario jubilado y editor de un cuaderno de textos y bibliografías que se llama *Repertorio Americano*. Esta gaceta ligera y densa hace de Mercurio andador por toda la América del Sur, y finge, además, de pregonero para reunir a los dispersos y alcanzar a los perdidos. Lleva cincuenta años de ayudarnos el publicista

pobre, y nos sirve dentro de esa gratitud fantástica que sólo tienen los dioses...

Yo vi trabajar a otro clérigo más de iglesia librera: era el guatemalteco Arévalo Martínez, persona sagaz en la purga de la lectura popular tanto como exigente en su obra misma de prosa y verso. Mostraba sus salas con ese lindo orgullo del que vive pegado a su llama, y la alimentaba con leño y leño, en dueño y siervo de ella.

En el Brasil no conocí bibliotecarios; en cambio palpé un culto cotidiano y fervoroso de la lectura nacional, norteamericana y europea.

Sin tiempo para seguir repasando más y hacer justicia cumplida, debo mencionar algunos casos descollantes de divulgación del libro en América del Sur. Colombia viene a ser, proporcionalmente, el país más lector entre los del Sur, y este dato da el perfil de una cultura literaria en sazón. Venezuela ensaya la empresa fiscal de libros y revistas, que los escritores chilenos están ahora solicitando; Cuba y varios países ya editan a sus autores clásicos. Y hay el acontecimiento magnífico de grandes focos editoriales en la Argentina, el Brasil, Chile y México. Se trata de empresas en plena prosperidad comercial que trabajan con rigor intelectual, defendiendo su prestigio al igual de sus ganancias, conducta nada común en los usos comerciales.

Yo creo que este suceso del Sur tiene tanta trascendencia como la descolonización política hacia el año 1800, porque el mercado nacional del libro ya está triplicando la lectura sudamericana.<sup>1</sup>

Santa Bárbara (California),  
Julio de 1947.

#### Referencia bibliográfica

MISTRAL, Gabriela. Magisterio y Niño, Selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa, Editorial Andrés Bello, Primera Edición, Santiago, Chile, 1979, pp. 289

---

<sup>1</sup> Fragmento de ponencia a un Congreso Interamericano de Bibliotecarios.